



Modelos transaxle: la época de la claridad

01/06/2026 Los años 80 marcan el inicio de una evolución: el paso del mundo industrial analógico a la modernidad digital. La tecnología se hace más visible y empieza a formar parte del estilo de vida. En esta década, que sigue siendo fascinante hoy en día, el ritmo surge de la música, la moda, el diseño y la identidad de una sociedad que busca la claridad sin perder de vista el progreso. El automóvil también se convierte en un altavoz de su tiempo. Los modelos *transaxle* de Porsche se enmarcan en este espacio de reflexión y se presentan como la respuesta a una época que se abre al cambio.

La década de 1980 no altera el mundo, sino más bien la forma de entenderlo. La tecnología pasa a ocupar un lugar central en la vida cotidiana y marca decisivamente la percepción del tiempo, la función y el futuro. La humanidad se encuentra ante el umbral de la era digital. En esta época de transición en la que la gente empieza a pensar de otra manera, Porsche decide seguir desarrollando su idea de los coches deportivos, no mediante un cambio radical, sino con una redistribución del peso. La arquitectura *transaxle* es un ejemplo de este cambio de mentalidad. El espíritu de los vehículos deportivos de la época se orienta menos hacia la apariencia y más hacia la perfección técnica.

Muchos de los elementos visibles de la década de 1980 —colores neón, patrones gráficos, tipografías de aspecto técnico— son reflejo de cambios más profundos. Crisis del petróleo, estancamiento económico, Guerra Fría... El mundo occidental busca estabilidad y una nueva confianza en los sistemas, así que se pone a prueba el progreso. Llegan a las estanterías nuevos aparatos y, con ellos, va floreciendo una nueva forma de entender la vida cotidiana. Los precios de la energía siguen siendo altos, los recursos se perciben cada vez más como algo limitado y los mercados internacionales pierden su previsibilidad. Las innovaciones tecnológicas se acercan más al ser humano.

El primer ordenador doméstico traslada al hogar una nueva forma de pensar. Los programadores aprenden a leer la causa y el efecto, es decir, a comprender las relaciones. Dispositivos como el Commodore 64 o el Apple II son al mismo tiempo herramientas de aprendizaje, medios de entretenimiento y campos de experimentación. La tecnología ya no es un proveedor de servicios invisible, sino que se convierte en un interlocutor comprensible. Esta experiencia marca a toda una generación: los sistemas se pueden entender si uno se involucra en ellos.

Nuevos dispositivos, nuevas costumbres

Mientras que los ordenadores establecen una nueva forma de entender el control, el *walkman* fomenta la idea de la movilidad individual. Por primera vez, es posible aislar el propio mundo acústico sin escapar necesariamente del entorno. El *walkman* hace portátil la música y, con ello, permite que el estado de ánimo sea móvil, es decir, que cada uno pueda decidir por sí mismo cómo suenan sus momentos. La música se convierte en una esfera personal en movimiento. El clic al meter la cinta de casete, el ruido breve antes del primer tono, el cambio consciente de la cara A a la cara B... La interacción se hace requisito previo para la participación.

En paralelo, el vídeo pasa a ser la principal tecnología del salón de casa. Su irrupción cambia para siempre los hábitos de visualización y el tiempo se vuelve más organizable. El vídeo permite al público detener las películas, rebobinarlas y verlas con más detalle. Las imágenes se hacen más accesibles y menos efímeras.

La cultura pop como reflejo de los procesos tecnológicos

El sonido del mundo también cambia. Los sintetizadores, los secuenciadores y las cajas de ritmos llegan a los estudios y, poco después, a los hogares. La cultura pop reacciona inmediatamente ante la disponibilidad de las nuevas tecnologías. La música se produce de forma más clara y controlada. Bandas como Depeche Mode trabajan con máquinas sin deshumanizar su música. Al contrario, las melodías parecen más concentradas y las letras más directas. La música ya no es solo una expresión, sino que se construye conscientemente. El pop refleja una actitud ante la vida que busca el orden sin limitar la creatividad. El lanzamiento del canal de música MTV en 1981 refuerza esta sensación. Los vídeos musicales establecen un espacio visual donde, de repente, la estética adquiere tanta importancia como el sonido. Los artistas piensan en escenas, colores y movimientos. El pop se vuelve visual. La imagen y el

sonido se fusionan y crean una atmósfera que despierta melancolía y fascinación.

Actualmente, esa década es una referencia muy popular en películas y series. *Stranger Things* (desde 2016), por ejemplo, retoma esa lógica. La serie narra la historia de una pequeña ciudad, de niños y jóvenes, de experimentos científicos, de instituciones estatales y de una amenaza invisible en la vida cotidiana.

La tecnología no aparece en ella de forma abstracta, sino que se hace tangible en forma de *walkie-talkies*, televisiones de tubo, indicadores analógicos, cables, interruptores... Se dibujan planos, se explican los contextos. En resumen, el mundo sigue reglas claras y eso es precisamente lo que genera tensión.

El cine de los años 80 descubre el futuro como escenario de acción. Películas como *Regreso al futuro* (1985) juegan con los viajes en el tiempo dentro de unos límites comprensibles. La gente cree en el progreso, pero también quiere entenderlo y, para eso, se imaginan los mundos que representan el futuro no solo como una posibilidad, sino también como una amenaza, porque el mañana está determinado por el análisis crítico de los desarrollos actuales. Por tanto, las distopías tocan la fibra sensible del público. *Blade Runner* (1982), *Terminator* (1984), *RoboCop* (1987) son películas que debaten los peligros inherentes que conlleva el progreso tecnológico.

Los años 80 fueron optimistas, pero no ingenuos, porque el progreso también genera un miedo al que hay que hacer frente si se quiere superarlo. La moda de la época también refleja esta forma de ver las cosas con siluetas claras, cortes estructurados y materiales técnicos. La ropa se vuelve menos decorativa y se entiende más como la expresión de una actitud. Hombres y mujeres se exhiben como parte de un movimiento que mira hacia el futuro con hombreras llamativas, telas sintéticas y colores expresivos.

La sencillez de uso como principio

En el contexto de este reajuste, los coches también cambian. En la década de 1980 se entienden cada vez más como sistemas técnicos, y los interiores siguen la lógica de la época: la estética está definida por los materiales modernos, los interiores son más ergonómicos y los instrumentos están mejor estructurados. Los primeros ordenadores de abordo aportan datos sobre el consumo, la autonomía o la velocidad media, y se introducen equipos de alta fidelidad con ecualizadores gráficos, reproductores de casete con teclas y, más tarde, reproductores de CD. El coche se convierte en una especie de prolongación del salón de una sociedad entusiasmada por la tecnología.

Este es el entorno en el que se mueven también los modelos *transaxle*. No son los principales protagonistas de la década, pero sí influyeron bastante y, hoy en día, se consideran auténticos testigos de su tiempo. El punto de partida es el 924, que se estrenó en 1976 y se convirtió en una estampa familiar en las carreteras en la década siguiente. Abrió la marca a nuevos grupos de clientes, asentó la arquitectura *transaxle* en la vida cotidiana y encarnó una idea de coche deportivo que apostaba por un

nuevo equilibrio: motor delante, transmisión detrás. El 928 (1977) y el 944 (1981) continuaron esta idea, combinando prestaciones y aptitud para el uso diario y convirtiéndose en pilares económicos de la marca. La evolución hacia el 968 (1991) mostró la madurez de un principio seguido de forma coherente.

El deseo de claridad

Para comprender la fascinación de los años 80, lo decisivo no son tanto los propios coches como la coyuntura en la que existen. Circulan por ciudades con fachadas de cristal, luces de neón y anuncios que estructuran los espacios nocturnos. Aparcan delante de edificios de oficinas donde se ven los primeros puestos de trabajo informatizados. Transportan a personas que trabajan durante el día con tablas, números y programas y que por la noche escuchan música en parte producida con esas mismas máquinas. Echando la vista atrás, esos años se ven como una fase de cambio. El conocimiento analógico se reúne con el pensamiento digital. Los dispositivos de esa época tienen una mecánica visible. Sus funciones se pueden explicar y las personas quieren entender cómo funcionan las cosas, no solo ver que funcionan. Esta claridad tiene un efecto estabilizador y también caracteriza el diseño de los modelos *transaxle*.

En la década de 1980 se experimenta una nueva relación entre el ser humano y la máquina. Se prepara el futuro, pero lo decisivo no es el cambio en sí mismo, sino cómo diseñarlo.

Información

Artículo publicado en el número 418 de Christophorus, la revista para clientes de Porsche.

Texto: Christina Rahmes

Fotos: Cesar St. Martin

Copyright: las imágenes y el sonido aquí publicados tienen copyright de Dr. Ing. h.c. F. Porsche AG, Alemania, u otras personas. No se debe reproducir total o parcialmente sin autorización escrita de Dr. Ing. h.c. F. Porsche AG. Por favor, contacte con newsroom@porsche.com para más información.

Link Collection

Link to this article

https://newsroom.porsche.com/es_ES/historia/2026/porsche-modelos-transaxle-epoca-claridad-42552.html

Media Package

<https://pmdb.porsche.de/newsroomzips/81f36313-7ac0-410c-9108-45868640994b.zip>

External Links